

ORDENACIÓN DE ENRIQUE-25

Sr. VG, Sr. Vicario de Evangelización y Párroco de Santa María, equipo sacerdotal de Benavente. Sr. rector del Seminario de San Atilano; Sr. Rector del Teologado de Ávila; Sr. Rector del Pontificio Colegio Español de Roma, D. Diego Alonso, hermanos en el Presbiterio; Diáconos; Religiosos/as; Padres de D. Enrique y familia; Sra. Alcaldesa de Benavente y corporación municipal; hermanos/as en el Señor.

Hoy resuenan con fuerza las palabras de Lucas: “La mies es abundante y los obreros pocos; rogad pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies”. ¡Ponte en camino!

Déjate guiar por la Palabra, hoy día de S. Lucas, el evangelista del Espíritu, también de la misericordia (*scriba misericordiae*, dirá Dante), el evangelista de los pobres, de las mujeres (también de María), de la oración y de la alegría mesiánica. Por eso la unción de Jesús es incomprensible e inseparable de su unción mesiánica por el Espíritu. El mismo que esta mañana recibirás y te convertirá en Presbítero de esta Iglesia que peregrina en Zamora. Esa gracia es también inseparable de la misión y por tanto de Jesús. Cuando Él, enseñe, cure, haga milagros, coma con los pecadores, se enfrente a los escribas y fariseos, se retire a orar, expulse demonios... lo hará bajo la unción del Espíritu. Y, tú tienes esa misma misión porque tienes el mismo Espíritu que te marcará para siempre ontológicamente y actuarás “en la persona de Cristo”.

Ese realismo de la Carta de S. Pablo a Timoteo, donde enamorado del mundo se marcha uno de los compañeros... Huye de ese “folclore de la queja y el lamento”: “yo no soy para esto”.. “yo no estoy para esto”; este no es de los nuestros; este pueblo, este presbiterado, esta diócesis, este obispo... Yo trabajaría con gusto si se dieran otras condiciones...

Es la resistencia a ser de Cristo, es no comprender la magnitud de la llamada, es el miedo a la misión. Es también la conciencia de la propia pequeñez ante semejante llamada. Ahí la fuerza del Señor se expresa sobre la debilidad y le da consistencia: “Yo estoy contigo”; “No tengas miedo”. Tienes la fuerza de mi Espíritu. Me perteneces y pertenecer es participar en lo que Jesús funda, y Jesús te funda en su Iglesia, en su santo pueblo fiel, para gloria del Padre. El Señor te radica en su reino, su Espíritu te hace sentir la dicha de la pertenencia que encierra el misterio de tu identidad. El Señor arraiga tu corazón en el Suyo. Eso que decías en una entrevista: “El mensaje final: Que

la gente sepa que Dios les quiere y que Dios hace bien a la gente porque responde verdaderamente a lo más profundo de nosotros, eso que anhelamos, eso que queremos es Jesús quien nos lo da y el que nos lo quiere dar”. Dios está aquí, y cuando Dios está, lo primero que hay que hacer es ponerse de rodillas.

Ahí está el amor, que nos dice el Papa, es un amor encarnado en los pobres, es amor a Cristo como esa manifestación de que ellos son siempre “el lugar privilegiado del encuentro con Cristo”. Cuando nos encontramos con esa pobreza material, moral, social y espiritual, vemos que tiene rostro y que nos implica, rompe nuestra indiferencia y nos llama a despojarnos de una vida centrada en el éxito, el poder y el dinero para abrazar la sencillez evangélica. El cristiano es alguien que comparte desde un corazón que abraza y mira el rostro del otro: “La gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre es la visión de Dios” (San Ireneo de Lyon).

Quisiera terminar con unas palabras que resuenan a Esperanza, en este año jubilar y en esta exposición que expresa la fe de nuestro pueblo: “Nuestra gloria es la cruz de Jesucristo” (Gal 6, 14). El centro es la Cruz vacía. La cruz está vacía porque la cruz no lo es todo. La cruz vacía expresa la esperanza en que la carne herida, la llaga abierta y el mal infligido no tienen la última palabra. Por eso, en la Cruz no hay nadie, para que pueda verse clavado a cualquiera (muchas veces te verás tú mismo).

Cristo fue ungido en la Cruz. La Cruz sin crucificado... simboliza que el crucificado ha resucitado. Este es el centro de nuestra fe y la fuente de nuestra esperanza. Aquí radica su misterio, solo quien lo comprende, quienes son débiles, pequeños... Si la muerte ha sido vencida, el miedo ha perdido también su aguijón. ¡No tengas miedo al Amor de Cristo! Dios no sólo quiere a la gente. Dios, Enrique, te quiere a ti de un modo único y personal. Hoy eres engendrado para la santidad sacerdotal del seno de María Virgen, para la Iglesia y para el mundo. Esa santidad que se manifiesta en la pasión evangelizadora. El presbítero es el que cuida la Esperanza de su pueblo, ese que trabaja por un mundo que “tiene alma y corazón” como nos dice el Papa León.

Dios os bendiga.